

# Solución al conflicto: interacción

*Carmen Pérez Cabrera*

*I.E.S. “Bachiller Diego Sánchez”. Talavera la Real (Badajoz)*

**E**s una reflexión acerca de las conclusiones a las que he llegado respecto a los conflictos y problemas de convivencia en nuestros centros. Reflexión que he elaborado utilizando como única fuente mi experiencia como docente. Son conclusiones para mí lo suficientemente claras pero no tan sencillas de llevar a la práctica.

Bajo la convicción de que el conflicto es un proceso natural, exigido por la actual forma de convivir de los seres humanos y que lo decisivo de su resolución va a ser la forma de dirigirlo, invito a todos a transformar esa realidad educativa participando y construyendo.

El motivo simple y primitivo es que los seres humanos hemos dejado de interactuar, ya no miramos a los demás, sólo no enfrentamos a ellos buscando tener razón. El conflicto es necesario pero para mejorar y ser más críticos. La conclusión es que la base de la comunidad educativa tiene que ser el sentido común y el diálogo.

Mi exposición se articula en cuatro puntos fundamentales que constituyen la urdimbre de toda mi reflexión:

- 1.- El educador/a no escucha al alumno/a para no tener que superar conflictos.
- 2.- El alumno/a tampoco escucha al profesor/a porque prefiere pensar en otras cosas.
- 3.- Los profesores/as no se escuchan entre ellos/as
- 4.- Los alumnos/as tampoco dialogan lo suficiente.

Todo ello gira en torno a la idea de que la comunidad educativa es como una Torre de Babel en la que sólo una minoría se esfuerza por encontrar un lenguaje universal.

Estoy convencida de que el conflicto es un proceso natural exigido por la actual forma de convivir del ser humano. Lo positivo o negativo de este conflicto es la forma de regularlo y dirigirlo hacia la construcción o la destrucción de la convivencia.

Diariamente nos encontramos con situaciones a veces difíciles de resolver debido a los muchos condicionamientos en los que estamos inmersos. Siempre amarrados a la sensación de que todo puede esperar y de que todo se acabará solucionando por sí mismo, como si realmente fuera posible.

El conflicto debería servir para provocar, para hacernos reaccionar, para invitarnos a transformar esa realidad tan apática que estamos construyendo entre todos, y que no se excluya nadie. Cuando surge, y además con tanta frecuencia, es porque algo no funciona.

Buscando el motivo que me ha llevado a participar en este encuentro (cuando hablar en público resulta tan extraño) descubrí a modo cartesiano, con lucidez extrema, que había que provocar un cambio de actitud o por lo menos incitar a llevar a cabo una mirada reflexiva fuera de nosotros mismos.

En el tiempo que llevo educando he sufrido demasiadas reuniones de pasillo y café en las que se escucha enumerar miles de quejas y críticas pero apenas soluciones. Y en esto de la enseñanza con la intención no es suficiente.

Mi reflexión empieza por el final, porque sé cual es el motivo simple y primitivo que nutre estos comentarios: los seres humanos hemos dejado de interactuar, ya no miramos a los demás, sólo nos enfrentamos a ellos buscando tener razón.

El concepto de comunidad educativa siempre me ha gustado, aunque no exista. Deducción a la que he llegado sin demasiado esfuerzo: nos oímos, no nos escuchamos. No nos miramos a los ojos, no valoramos el trabajo de los demás, lo ignoramos. No nos superamos, nos vamos animando para buscar la mediocridad. Socialmente inadaptados e inútiles para la vida común. Seres humanos aburguesados y solos. No compartimos por envidia y egoísmo, no nos esforzamos, tenemos oxidado el pensamiento y hemos dejado de crear. Dejamos que pase el tiempo sin implicarnos demasiado y refugiándonos en el stress que justifica un absentismo inexplicable.

Y para no ser conscientes de toda esta carga nos vamos esquivando.

No hay convivencia, por eso hay conflicto. No queremos mezclarnos e interactuar. La comunidad educativa no existe. El centro educativo es una Torre de Babel en donde una minoría se esfuerza por aprender un lenguaje universal. El resto no sólo no lo intenta sino que además se tapa los oídos para no implicarse casualmente.

Y además ni siquiera tiene la culpa el sistema. No es cuestión de refugiarse en un discurso barato, que sería lo más fácil, acerca de la falta de motivación de los alumnos/as, de lo difícil que es la atención a la diversidad, de que la escolarización obligatoria ha llenado las aulas de indeseables maleducados que no quieren aprender, de que no nos pueden pedir que seamos educadores y psicólogos y etcétera.

El problema fundamental es el exceso de apatía y comodidad general que existe en la mayoría de los centros.

En un intento de no presentar aquí tan solo una preciosa tesis pedagógica y huir de la realidad, he sido práctica. Tras llevar a cabo una observación detallada de mi propia actuación como profesora voy a enumerar cada una de esas actitudes que, a mi parecer, nos van llevando a la existencia de conflictos y cómo deberíamos actuar para ir superando esas situaciones, al menos parcialmente.

En primer lugar pienso que **el educador no escucha al alumno/a para no tener que superar conflictos.**

Yo como todos los profesores/as en más de una ocasión he tenido problemas en el aula en general y con determinados alumnos en particular. Todos sufrimos la desgana, el mal comportamiento, el sujeto que se lanza contra ti en un ataque dialéctico fuera de lugar y en plan liderazgo, buscando el aplauso del resto. A veces sabes torear sin dificultad la situación y ganas, otras te dejas ganar esperando un mejor enfrentamiento.

El primer error en cualquiera de las situaciones conflictivas con las que podemos encontrarnos es que la mayoría han olvidado (a veces yo también olvido) lo que es un adolescente. No estoy regalándoles topicazos, estoy recordando que realmente nos olvidamos de quién es el que está frente a nosotros esperando que le orientemos en un momento crítico de su etapa evolutiva y con un enorme interrogante sobre su cabeza.

Gran error pretender solucionar cualquier conflicto mirando a nuestros alumnos/as desde el lugar que ocupamos, sólo porque somos más listos, más importantes, más educados y tenemos más años. Si en realidad sólo es cuestión de edad. O acaso ¿han asistido en alguna ocasión a un congreso para hablar del conflicto en las universidades? Los alumnos/as universitarios simplemente no tienen problemas de convivencia ni conflictos. La causa también es simple, saben que aunque los tengan ya nadie les va a escuchar, porque no hay tutor, ni psicólogo, ni jefe de estudios que se ocupe de sus conflictos y además ya no tiene edad para tonterías. Simplemente tienen más años y más madurez para guiarse y además si mientras estuvieron con nosotros/as supimos hacerlo bien recordarán cómo actuar por sí mismos.

Si por el contrario, en lugar de olvidar, tenemos presente que son jóvenes y están perdidos, que necesitan que estemos cerca para no perderse del todo. Si somos capaces (y esto requiere un gran esfuerzo no remunerado) de ponernos al lado de ellos y no sobre ellos, hablar en su mismo lenguaje y sentir con sinceridad esos problemas que nos parecen tan estúpidos, iremos ganando todas las batallas. Yo simplemente aplicando este sencillo planteamiento he recuperado a varios de mis alumnos/as, sólo querían que supiese que estaban ahí.

En segundo lugar **el alumno/a tampoco escucha al profesor/a** porque prefiere pensar en otras cosas.

Hay que ser conscientes de que a veces resultamos de lo más aburrido largando contenidos constantemente. Lo doloroso es ser capaces de reconocer esta crítica cuando llega. Hay que estar alerta en todo momento y conseguir una metodología dinámica, la monotonía arruina hasta lo más hermoso que queramos enseñarles. Existe la alternancia de contenidos con actividades de refuerzo y con la utilización de otros recursos materiales que consiguen sacarles de lo habitual. Lo habitual propicia los problemas de convivencia, el aburrimiento de los alumnos/as es un duro enemigo difícil de vencer. Reconozco que llevar a cabo este planteamiento pedagógico me exige muchas horas de imaginación y mucho tiempo extra, pero hasta ahora me ha dado más alegrías que problemas.

En tercer lugar **los profesores/as no se escuchan entre ellos.**

Casi siempre se repite la misma situación: en dos segundos y corriendo detrás de algún compañero intentas contar tus conflictos para buscar soluciones comunes. El grupo de profesores nunca se reúne lo suficiente, no existe en la realidad de nuestros centros la coordinación pedagógica, todos hablamos, nadie escucha y asentimos acerca de cosas que nunca llegaremos a aplicar conjuntamente en el aula. Las conclusiones pueden resumirse en: este grupo es muy malo, ya veremos que pasa y tenemos que hacer algo para mejorar la situación... pero mis criterios para aprobar mi asignatura están claros... si esos alumnos que todos sabemos no estuviesen en la clase...

Ante esto, no tengo solución para ofrecerles. He de admitir que me siento indefensa, porque si inicio un diálogo para intentar llegar a planteamientos positivos y prácticos a través de los cuales conseguir mejorar la situación, me tachan de “pedagoga moderna” y si me callo, me sangra la úlcera educativa que sufro desde hace tiempo. Así que a veces corro riesgos, pero he de admitir que lo que más práctico últimamente es aplicar el mejor criterio y hacer las cosas bien porque me cuesta muy poco. Esto lleva a la construcción de centros educativos llenos de individuos individuales, la insociable sociabilidad que diría Kant si nos viese.

Y por último y además **los alumnos/as tampoco dialogan entre ellos lo suficiente.**

No se informan de las cuestiones que les afectan directamente, no practican sus deberes y tienen miedo de reclamar sus derechos. Todavía hoy en nuestros institutos los alumnos/as callan ante injusticias académicas porque, y no me importa repetirme, nunca estamos serenos cuando se dirigen a nosotros. Soy consciente, por si habéis pensado que no, que la mayoría de las veces cuando se dirigen a nosotros para hacernos llegar una protesta o una reclamación lo hacen de mala manera. De nuevo nos toca enseñarles cómo hacerlo ¿por qué no?

Nuestros alumnos/as actualmente no tienen iniciativa ni inquietudes, sólo se dejan llevar. Apenas les abres un poco el punto de mira y descubren que a su alrededor hay un montón de cosas que absorber. Y cuando somos capaces de satisfacer su curiosidad, utilizando hábilmente la herramienta de la educación, es cuando aparece la siempre buscada “motivación”. Y entonces aprenden a convivir porque van investigando cómo hacerlo y descubres que tú, su profesor, has provocado ese cambio y que les puede llegar a interesar lo que les cuentas, porque te has esforzado.

Y al final de todo esto, si no hemos conseguido ir remediando cada situación conflictiva, uno acaba dejando de escucharse a sí mismo.

Está claro que la convivencia es el conflicto y sentarse a superarlo es el comienzo de la solución. Miro hacia atrás todas las palabras que he ido pronunciando y considero que todo lo que he dicho es demasiado simple, pero la comunidad educativa tiene una estructura simple: el sentido común.

Hay que sentarse a dialogar con sentido, hay que invitar al diálogo y al razonamiento crítico, hay que escuchar de verdad e intentar hacernos mejores. Los alumnos/as necesitan que estemos

cerca de ellos y aunque no sepan muy bien cómo hacerlo desean aprender, aunque algunos confundan la aptitud, la forma de hablar y los valores. Y nosotros/as estamos ahí para enseñarles, con todas las acepciones de las que está llena la palabra educación, porque somos un referente fundamental y no debemos defraudarles.

Que los conflictos nos lleven a la construcción de una comunidad educativa porque esa es la finalidad del diálogo. Que los conflictos provoquen las transformaciones sociales de las que andamos un poco escasos en la actualidad. Porque el sistema no determina nuestra actuación, el sistema lo hacemos nosotros, eso sí con gran dosis de imaginación y humanidad.